

UNA LECCIÓN DE EXCELENCIA; MI AMOR POR LA DOCENCIA



Reinaldo Sapag Chain
Persona

“El verdadero maestro es aquel que es capaz de preparar a sus alumnos para su accionar en la vida con la aplicación de los conocimientos adquiridos y con rectitud moral”

PRESENTACIÓN

Transcurría el año 2013 y nos encontrábamos en la ciudad de Antofagasta, en la fase terminal de la segunda edición de nuestra Academia de Liderazgo para una empresa del Grupo Suez. El último módulo del programa estuvo a cargo del profesor Reinaldo Sapag, con el tema Formulación y Ejecución de Proyectos, teniendo como audiencia a un grupo de jóvenes ingenieros en proceso formativo para asumir responsabilidades gerenciales. En ese momento no podía advertir las innumerables oportunidades que el futuro me brindaría para compartir con don Reinaldo en otras experiencias formativas y como a través de estos encuentros pudimos llegar a generar un vínculo de afecto y cariño, basado en un profundo sentido de admiración a su espíritu siempre joven y apasionado por su quehacer docente.

Fue una cena muy conversada la que dio lugar a un inusitado pedido mío a don Reinaldo, le comente que en Possibilitas procurábamos generar notas breves de cada una de nuestras experiencias de intervención y que para nosotros sería un verdadero honor publicar una escrita por él y que plasme su mayor pasión en su profesional. Su respuesta fue inmediata, “con el mayor agrado, me señalo, se llamará mi amor por la docencia”

Marco Antonio Fernández Navarrete

MI AMOR POR LA DOCENCIA DEL PROFESOR REINALDO SAPAG

Me encontraba en la ciudad de Lima un jueves 17 de noviembre de 2011. En un par de horas más estaré frente a 30 alumnos que se matricularon en el Diplomado Internacional de Preparación y Evaluación de Proyectos de Inversión en la Universidad ESAN, una prestigiada institución cuyas siglas expresan la abreviación: Escuela Superior de Administración de Negocios. Allí obtuvo su MBA mi hermano Nassir hace 30 años.

Debo reconocer que nunca imaginé que en la culminación de mi vida, la docencia constituiría una tarea tan gravitante en mi quehacer diario. Tampoco imaginé que los alumnos me otorgarían tantas distinciones, calificándome en forma reiterativa en las evaluaciones docentes, como el mejor profesor.

Pensando en todo lo que me ha ocurrido en mi vida académica, es que me senté en mi mesa de trabajo del hotel en que me hospedaba y empecé a escribir los profundos pensamientos que me embargaban en esos momentos de reflexión.

Mis alumnos, en cualquier nivel en el que me corresponda dictar clases, ya sea en el pregrado universitario o en los más altos niveles de la educación superior, han constituido el fermento de mi acción docente, han sido el acicate que me impulsa, que me motiva, que enciende mi espíritu ansioso en la entrega de conocimientos y a la vez principios éticos y axiomáticos, normas morales de conducta en el área de la economía y los negocios, área en el que les corresponderá aportar a la sociedad sus conocimientos y los valores que nosotros, sus profesores, hayamos podido inculcarles.

La educación y la formación que se entrega en las aulas no pueden circunscribirse solo en la mera transferencia de conocimientos, utilizando para ello las capacidades de memoria o comprensión de nuestros alumnos.

La verdadera formación que debemos ofrecerles es la de prepararlos para que se transformen en profesionales de excelencia, capaces de entregar sus conocimientos guiados por sólidos valores morales. ***“El verdadero maestro es aquel que es capaz de preparar a sus alumnos para su accionar en la vida con la aplicación de los conocimientos adquiridos y con rectitud moral.”***

Al contemplar a mis alumnos en el aula no tan solo observo sus rostros, sino que veo además a sus padres, a los que se preocupan por ellos, a los que financian su educación, a los que esperan con ansias que tengan resultados satisfactorios frente al sacrificio que tantos otros realizaron para que ellos llegaran a la universidad, y así tener un lugar en esa aula. Miro también mi propia responsabilidad como docente, como profesor y académico y entonces, silenciosamente, le pido al Espíritu Santo que me ilumine, que ponga en mis labios palabras elocuentes que me permitan transmitir conocimientos y a la vez valores trascendentes.

Miro esos rostros y me digo a mi mismo que tengo que poner lo mejor de mis capacidades para estimularlos, darles confianza y que ellos perciban que los quiero y que a la vez deseo hacer florecer lo mejor de ellos mismos en la cátedra. Me esfuerzo en que ellos vayan percibiendo, poco a poco, ese sentimiento de cariño y afecto que les tengo. Que adviertan que no existen favoritismos de ninguna especie y que siempre estaré disponible para ellos,

para aconsejarles y enseñarles aún fuera de las aulas. Que perciban que me interesa conocer sus motivaciones y que ellos son el centro motor de la enseñanza y en definitiva del quehacer universitario. No existe universidad sin alumnos. Ellos son el objetivo, la piedra angular, el centro motor, el corazón de la Universidad. Ellos son los sujetos y los protagonistas del quehacer académico, ellos son los diamantes en bruto que tenemos la obligación de pulir y amar. Ellos son el futuro de la humanidad, ellos son a los que debemos dejar preparados en conocimientos y comportamientos valóricos para hacer posible que puedan construir un país y una sociedad más justa, más solidaria y más desarrollada que la que nosotros hemos podido construir.

El mejor recuerdo que quisiera de mis alumnos es que ellos perciban que mi esfuerzo y dedicación se debe a que los amo, aun cuando no me vean nada más que en las aulas. Que tengan el recuerdo de un profesor que nunca quiso imponerles sus propias convicciones sino que intentó entregarles herramientas, conocimientos y valores que les permitan a ellos mismos formarse sus propias convicciones, pero siempre respetando valores y comportamientos éticos que demuestren respeto y tolerancia a convicciones distintas a las de cada cual.

Busco en mis clases que ellos entiendan el fundamento mismo de los conocimientos, intentando no imponerles la obligación de memorizarlos sino más bien que comprendan la razón que está detrás del planteamiento. Deseo intensamente estimularlos para que ellos por si mismos perciban la importancia del aprendizaje que se les imparte y no pensar jamás que lo que les enseño es lo más importante que ellos puedan aprender. Que no sea la sanción y el miedo el que los motive para lograr pasar el curso, sino que ellos perciban por si mismos que a través de los conocimientos adquiridos van a poder servir mejor a los demás y con ello sentir la gran satisfacción interior de sentirse útiles.

Mis alumnos constituyen la gran nutriente de mi alma de educador. Sin ellos yo no sería el que soy; ciertamente que cada uno de ellos son el sujeto de su propia formación y que ellos son los verdaderos protagonistas de su propio destino, siendo el profesor tan solo un instrumento el cual tiene la obligación de mostrarles un camino que los conduzca a su propia realización. También le pido al Espíritu Santo que me de fuerzas para demostrar conductas y actitudes que me distingan.

Siento el deber de dejarlos preparados para que cada uno de ellos asuma en plenitud sus propias responsabilidades, estimulando su creatividad, la solidaridad y el compromiso social. El profesor debe dejar a sus alumnos preparados para que cada uno de ellos, con libertad y en concordancia con los conocimientos y valores adquiridos en la Universidad, construya su propio camino, un camino que podrá recorrer con esperanza y seguridad, con gratitud y con reconocimiento hacia aquellos que de alguna forma u otra entregamos nuestro grano de arena en su formación.

Pido a Dios que me regale la virtud de la consecuencia y que estas reflexiones que estoy escribiendo y que me nacen del alma, sean percibidas, de verdad, como el comportamiento que siempre he pretendido entregar a mis alumnos en las aulas universitarias.